

ras familiares dispuestas en un orden nuevo. En cambio, oyendo las óperas de Meyerbeer arregladas para el piano, no he experimentado la misma impresión. Aun en las partes que son simples acompañamientos de la acción representada, se nota siempre que hay, por escaso que sea su interés, más frescura, menos frases vulgares.

Pero la principal razón que tengo para colocar muy alto á Meyerbeer, es que combina mejor que ningún otro compositor conocido por mí los dos elementos esenciales en la buena música: la expresión dramática y la melodía. En la escena entre Raúl y Valentina, en *Los Hugonotes*, Meyerbeer consigue hacer lo que Wagner intentó, á mi juicio, sin éxito. A pesar de cuanto se ha dicho en contra suya, seguiré aplaudiendo á Meyerbeer hasta que se me muestre alguna obra en que la verdad de la expresión y la cualidad melódica estén mejor unidas que en la frase: «Robert, toi que j'aime.»

Por de contado, no comprometo mi opinión en lo tocante á las piezas instrumentales de Meyerbeer, de las cuales, sea dicho con verdad, nada conozco. Hablo solamente de sus óperas, y mi propósito se reduce á mostrar que la reputación de este maestro toca hoy su punto más bajo, desde donde es de esperar se eleve otra vez al extremo opuesto por efecto de una reacción natural. Y la defensa que de él he hecho se basa en el carácter dramático de su música, en que ha acertado á expresar la pasión sin sacrificarle la belleza de la forma.

XIX

Á CAZA DE LO BONITO

Tomamos á menudo como objeto de crítica los hábitos y costumbres de los demás, fijándonos á veces en la falta de proporción que muestran en su vida, ya por dedicarse con exclusivo afán á los negocios, ya por carecer de ocupación útil, ya por absorber su actividad algún empeño favorito, etc., etc. Pero mientras así reconocemos que el arte de vivir interesa á todos, nadie manifiesta el propósito deliberado de estudiarlo: las ideas que surgen al acaso, ocupan el lugar de las conclusiones racionales, y no se procura apreciar el valor relativo de los diferentes fines; cuánta energía debe emplearse en conseguir esta clase de satisfacciones, y cuánta en conseguir aquella otra. Hácese la elección sin tener presente la necesidad de dar su parte, y no más que su parte, en el agregado á cada género de actividad mental ó física. El resultado es falsear la vida más ó menos; mucho, generalmente.

Esta observación general prepara el camino á otra especial. A juicio de la inmensa mayoría, la persecución de la belleza ó, mejor dicho, de lo bonito, puede ser impulsada más allá de todo límite. Las mujeres particularmente patentizan, con la inversión diaria de su tiempo, que el principal fin de la vida es el agradar

á los ojos. Desde la señorita americana cuya idea parece ser «que los hombres trabajen para que las mujeres se adornen,» hasta la cocinera inglesa que se pasa la semana recreándose con el pensamiento de rivalizar el domingo con su señora, en todas el deseo que las tiraniza es satisfacer la necesidad estética, ó más bien, ejercer la seducción que acompaña á la belleza, ó se presume debe siempre acompañarla.

Sírvame de excusa para citar estos casos familiares el considerar que forman parte de un orden de hechos mucho más vasto. Originándose los sentimientos concernientes á la exhibición de la belleza en el afán de provocar la admiración sexual, y asociados como se hallan al despertar la admiración en general, dejan sentir su influencia en todas las acciones. Un estímulo de cuyo poder avasallador dan testimonio los pies oprimidos de las chinas y las cinturas estranguladas de sus hermanas europeas, forma necesariamente un elemento que ocupa gran parte de la conciencia é influye por fuerza en la vida diaria de diferentes maneras. Dado el estado mental que supone, la pregunta ¿qué tal parecerá? acude constantemente á la imaginación. Si en el esfuerzo que se hace para atraerse elogios se llega á encorvar los huesos, es inevitable que haya moldes de conducta en todas las direcciones, fundados en la misma aspiración. La apariencia tenderá á ser siempre el fin esencial, y la realidad el secundario, cual sucede entre los salvajes, que lucen sus mantos pavoneándose si hace buen tiempo, y se despojan de ellos cuando llueve.

Según he indicado, no es á los efectos inmediatos á donde se necesita dirigir la atención, sino á otros más

remotos. No me refiero tan sólo á resultados tales como la injuria que se causa á la salud buscando en el traje lo bonito con preferencia al abrigo—traje que, suficiente en parte del día, en otra deja anchas superficies desnudas;—aludo también á los múltiples caminos por que se eleva la apariencia á fin supremo en la casa en general y en el curso de los asuntos domésticos. No es extraño que en una casita de campo, por cuya pequeña ventana, que tapan las flores, entra la luz difícilmente, la dueña se niegue á reconocer lo perjudicial que esto es si le hablamos de ello; pero es el caso que la dama á quien se explica que la luz es factor muy importante para la conservación de la salud—tanto que los enfermos se curan más pronto en las salas de los hospitales que dan al Mediodía que en las que miran al Norte,—y que por esta causa la obscuridad de las habitaciones es contraria á la higiene, no se halla más dispuesta á convencerse. Cree que interesa más el buen aspecto de la alfombra, que el proporcionar mejores condiciones de salud á su familia. Que la franja de pavimento encerada que rodea la alfombra es á menudo causa de caídas, torceduras, dislocaciones, ó que, por lo menos, tiene el inconveniente del constante temor que produce el deber andar con cuidado, no son razones bastantes para contrapesar en su ánimo la de que el pavimento encerado parece bien. Con los muebles ocurre lo mismo. Es obvio que su elección se inspira principalmente en el deseo de la apariencia, no en la idea de la comodidad. Aquí, delante de la ventana cimbrada, hay un asiento cuya superficie está cortada por flores de alto relieve, y alrededor se ven las sillas, unas de forma elegante, otras de gusto arcáico, algunas primorosa-

mente talladas, pero casi todas incómodas; «sillas contra las visitas» podríamos llamarlas.

Otro tanto puede decirse del sin fin de objetos lindos que llenan las mesas, veladores, repisas, etc., etc., entre los cuales hay cosas tan absurdas como los mangos cincelados de los cuchillos para cortar papel. El placer que brindan, tanto al dueño como al extraño, es puramente nominal, reduciéndose casi á la conciencia de que hay allí, al alcance de los sentidos, cosas bonitas. Prescindiendo de lo que cuestan, originan, por su número, continuas contrariedades. A causa de los descuidos de las criadas, acarrear disgustos que no bastan á compensar las escasas satisfacciones que procuran. Desarrollando un concepto de Bacon, cabe decir que no sólo el hombre que se casa da prendas á la fortuna, sino que también se las da el que acumula objetos de valor, porque cada uno de ellos es una tentación para las burlas de la suerte.

Por otra parte, en fin de cuentas, esta ardiente persecución de placeres estéticos se defrauda á sí misma. No se obtiene la belleza llenando una habitación de cosas bellas. El efecto total del conjunto queda destruído por los efectos separados de las partes. Tal objeto distrae la atención de aquel otro, y todos ellos distraen la atención de la sala. Puede tenerse un bello interior ó un museo; mas no las dos cosas á la par. Sucede á los *artistas domésticos* lo mismo que ocurre en general á los pintores, arquitectos y otros: estimulados por el deseo de provocar la admiración, el error usual les hace caer en el exceso. Y aquí debemos notar otro inconveniente que acompaña á este inmoderado afán de satisfacciones estéticas, y es el permitir que se descubran

disposiciones morales de género inferior. El deseo del aplauso, cuando es manifiesto, rebaja al individuo en la estimación de los demás. Ahora bien: muy frecuentemente resulta claro que ese deseo es el único motivo determinante para mostrar tanto amor á lo bonito. Los casos abundan. Las habitaciones adornadas profusamente son aún más numerosas que las mujeres recargadas de atavíos.

Pero abandonando esta digresión crítica, agregaré que la manera como se supeditan al fin estético otros más importantes, podría ser ilustrada ampliamente por el ejemplo de lo que pasa con la comida, comenzando por que al tomar un cocinero se le elige, no por su habilidad culinaria, sino por su arte para presentar bien los platos; recordando en seguida el gusto adquirido de comer las legumbres medio crudas á causa de que su cocción completa destruiría su color verde brillante (consigno hechos), y citando, finalmente, otros muchos modos de sacrificar el paladar y el estómago á la satisfacción vulgar y transitoria de una buena apariencia. Sin embargo, bastante hemos dicho. La proposición general de que no se guarda la debida proporción entre los distintos fines de la vida, ha quedado demostrada al probar la proposición más especial de que los fines estéticos ocupan un área demasiado grande de la conciencia.

No significa esto que la gente no deba tener algunos objetos lindos en que recrear los ojos diariamente, sino que es preciso no falsear la vida distrayendo la atención de los fines esenciales. Aquí hay padres cuyo deber es formar hijos aptos para la lucha de la existencia, pero que, sometidos al influjo de la simple tradición ó

aun sólo por desidia, nunca se han curado de pensar en la educación considerada racionalmente. Allí hay personas llamadas á intervenir con su voto en la dirección de los asuntos públicos, en donde imperan aún las más groseras supersticiones—la falacia «es útil para el comercio» y otras semejantes,—que jamás han tratado de prepararse para ejercer sus funciones políticas. Y aquí y allí y en todas partes hay multitud de individuos que no tienen noción del mundo, animado é inanimado, que les rodea, no obstante ser necesario el conocimiento de sus principios esenciales para la recta conducta de la vida y la concepción de la existencia humana. En cambio, se prodigan diariamente infinitos cuidados y pensamientos á cosas que se espera han de despertar la admiración, por más que, ora se destinen á la ornamentación, ora al uso, provoquen muchas veces el efecto contrario.

XX

PATRIOTISMO

Si alguien supusiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oiría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últi-

mos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros á los agentes residentes, luego á funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á someterse, y, por último, á la llamada «pacificación,» este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutzilandia, declarada colonia británica, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jedive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jedive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora (1). Ni estimo dig-

(1) Vemos repetir la transparente excusa de que los boers comenzaron la guerra. En el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende á sí propio y se entienden bien los usos de aquélla, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.

no de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquéllos que se oponen á los planes de agresión. Si porque mi amor á mi país no sobrevive á éstas y otras experiencias contrarias, me motejan de anti-patriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada, sino que es un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, ú obligamos por las armas á una nación á recibir productos que no necesita, ó apoyamos á algún agente para que castigue á los que se han limitado á aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces «con nuestra patria, tenga razón ó no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no suya, sino nuestra. ¿Cómo, pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se esti-

ma el colmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aún existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un sér que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este sér que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! ¿Les gusta el paralelo á nuestros pseudo-patriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos—de antipatrióticos, sin duda, serán calificados—en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés,» invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres, dije, alquilan sus brazos para matar á otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen á servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas.»

Preveo la objeción que va á hacerme. Si se acepta ese principio, se alegrará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedará indefenso. No puede permitirse á los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan de prisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su

causa. No se comprometería á esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón ó sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia á la guerra agresiva, sino á la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse á la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» y que agregarían á las ochenta y pico posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

XXI

ALGO QUE ACLARA LA TRANSMISIÓN DEL HÁBITO POR HERENCIA

La parábola de la mota y la viga tiene aplicación en la esfera de la ciencia no menos que en otras. Ejemplo notable de ello nos ofrece la polémica entablada entre los neo-darwinistas y los neo-lamarckianos: uso intencionalmente estas dos denominaciones impropias, pero cómodas. Abogando por la suficiencia de la selección natural, los adictos á la escuela de Weismann dicen á sus antagonistas: «¿En qué hechos se apoyan ustedes?» (no recordando deliberadamente, sea dicho de paso, que cabría citar algunos). A los que tal preguntan, pueden contestarles los que creen en la herencia del hábito: y ustedes, ¿qué hechos alegan en defensa de su opinión? Si los unos insisten en exigir pruebas inductivas, los otros pueden hacer lo mismo, y no las hay de selección natural. En lo tocante á los efectos de la selección artificial, los testimonios son abrumadores; pero ninguno hay acerca de los efectos de la selección natural. La naturaleza no puede seleccionar un carácter como los criadores: selecciona únicamente los individuos que por el conjunto de sus caracteres son más aptos para vivir. Hasta que se muestre la producción de una especie nueva por selección natural, no habrá un comienzo de

pruebas inductivas. Por otra parte, no falta del todo la prueba inductiva de la herencia del hábito. Sin embargo, los neo-darwinistas dicen constantemente á los neo-lamarckianos: «¿En qué hechos se apoyan ustedes?»

Esta controversia, repetimos, nos enseña cómo los hombres que ven claramente los defectos de las hipótesis mantenidas por sus contradictores, son incapaces de ver iguales defectos en las que ellos sustentan. Recházase la doctrina de la herencia del hábito á causa de no poder «concebir los medios» en cuya virtud una modificación producida en un órgano, originaría una modificación correlativa en el germen de un descendiente. En cambio, se acepta la hipótesis alternativa, á pesar de suscitar dificultades análogas, no menores ciertamente, y á veces mucho más grandes. Si el punto de vista de Weismann es exacto, la estructura de una pluma de la cola de un pavo real implica 300.000 determinantes. Multiplicad este número por el de plumas de la cola; agregad las plumas del cuerpo y las de todos los órganos, é imaginad el número de determinantes que deberán estar contenidas en la microscópica célula espermática. Más aún: ¡imaginad que en el curso de las transformaciones que constituyen el desarrollo, cada determinante sigue su camino hasta llegar al lugar en que hace falta! Seguramente, el «concebir los medios» en cuya virtud se llenan estas exigencias, no es menos, sino más difícil.

Estos preliminares eran necesarios para comprender lo que va á seguir. La naturaleza nos presenta ciertos fenómenos que muestran de modo decisivo cómo algunos procesos de estructura pueden ser efectuados por el juego de agentes invisibles, aunque no se conciba la

manera que tienen de verificarse. Bastará citar dos ejemplos, casi del mismo género.

La belleza de los cristales de la nieve ha deleitado á muchos; pocos, sin embargo, han pensado en los hechos extraños que implican sus formas. Aunque sumamente variados, todos esos cristales pertenecen al tipo exagonal por la disposición de sus partes, y son absolutamente simétricos. Si en uno de los radios hay en cierta parte una proyección á uno de los lados, se observa igual proyección al otro lado, y en todos los radios del agregado existen idénticos pares de apéndices. Si en un sitio hay un apéndice complejo, se ven iguales apéndices complejos en todos los sitios correspondientes. ¿Cómo se produce esta simetría? La única explicación consiste en suponer que como los cristales de la nieve descienden suavemente á través de las capas más altas de la atmósfera, que están cargadas de vapor acuoso, la acreción de una molécula de agua en un punto va seguida instantáneamente de acreciones en todos los puntos correspondientes, y que esto se verifica por la acción coercitiva del agregado entero. Dicese que tal acción se debe á las fuerzas polares; mas nada sabemos de estas fuerzas. No podemos concebir las acciones moleculares mediante las que se forman aquellas hermosas estructuras.

Consideremos ahora otro fenómeno aún más maravilloso del mismo orden. Todos, después de una fuerte helada, habrán visto, de vez en cuando, en las ventanas de la habitación de dormir, una película de agua congelada que cubre la parte interior de los cristales, y ninguno habrá dejado de admirar las formas foliáceas que presenta; pocos, no obstante, se habrán detenido á

pensar cómo estas formas pueden originarse. En la *Nature* de 7 de Febrero de 1901, el profesor T. G. Bonney da una notable descripción de estructuras de esta clase, contempladas, no en los cristales de una ventana, sino en un pavimento.

«Forman, dice, grupos divergentes como las varillas de un abanico á medio abrir..... grupos que tienen á veces media vara de diámetro, compuestos de haces radiados de figuras semejantes á hojas de helechos, que acaban en delgados tallos ó cristales aciculares (con frecuencia largos de cuatro pulgadas y del espesor de una agujeta) hermosamente encorvados, siendo este encorvamiento casi invariable de los tallos la particularidad más característica. En su conjunto ofrecen el aspecto de algas marinas delicadísimas, secas y extendidas en un cartón, formando un grupo ornamental.»

Reflexionando en la manera de producirse estas combinaciones, nos vemos obligados á concluir que la cristalización se efectúa en cada parte bajo la acción simultánea de todas las demás. Si la unión de las moléculas de agua en cristales se verificara en cada punto independientemente ó sólo por influencias locales, no resultaría esa subordinación de los detalles al todo que presenta la estructura simétrica semejante á la de las hojas de helecho. Podemos presumir que, mientras se forma, el agregado entero ejerce su acción sobre las moléculas de cada punto, mientras éstas á su vez se unen á las demás para ejercer la suya sobre las de cualquier otro punto. Por una parte, es imposible negar esta ordenada subordinación de las partes al todo y la acción recíproca de las primeras sobre el segundo, y, por otra, no nos es dado «concebir los medios» en cuya virtud

ese maravilloso proceso de estructura se verifica. El milagro se hace, aunque nos sea imposible imaginar cómo se realiza.

La analogía de estos casos con la doctrina de la herencia del hábito, es evidente. Aunque nos parezca imposible concebir cómo la modificación de la estructura en una parte del organismo pueda influir en las células espermáticas ó células germinales, de modo que los productos de éstas propendan á tener la estructura correspondiente, sin embargo, no es contrario á la razón suponer que así suceda. El que no se llegue á imaginar por qué juego de fuerzas se establece tal relación, no es motivo bastante, como acabamos de ver, para afirmar que ese juego no existe.

Y en verdad, cuando recordamos los progresos de la Física molecular y de la Física del éter, que han elevado tanto nuestro conocimiento de los procesos que en todas partes se verifican, se puede comprender que la hipótesis de la transmisibilidad de los hábitos por herencia no es incongruente del todo con los hechos conocidos. Hoy que las ondas eléctricas permiten hacer señales, sin hilos conductores, á 1.000 millas de distancia; hoy que se ha visto cómo los rayos Roentgen atraviesan sustancias opacas á la luz; hoy que se sabe que el uranio y otros cuerpos emiten rayos capaces de dotar transitoriamente á otros cuerpos de análogo poder de actividad radiante; hoy que no ignoramos que además de la agitación molecular, causa del calor, las moléculas de las sustancias sólidas imprimen y reciben otros movimientos oscilatorios, podemos sospechar que las influencias moleculares que penetran los cuerpos vivos sobrepujan en mucho nuestras concepciones. Es proba-

ble que cada uno de los grupos de moléculas especialmente dispuestas que componen la unidad constitucional de un organismo, sea un centro del cual radien las ondulaciones provenientes de cada uno de sus elementos constitutivos, y que estas ondulaciones, propagadas á través del organismo, ejerzan su influjo sobre los elementos correspondientes de otros grupos semejantes, tendiendo á producir análogas oscilaciones y estructuras correlativas. No es absurdo pensar que hay siempre un proceso parecido al descrito anteriormente, bajo el cual la acción coercitiva del agregado entero agrupa en formas armónicas todas las pequeñas moléculas que le componen, mientras cada una de éstas reobra sobre las demás, y que, por esta razón, cualquier cambio local de estructura modifica todas las unidades constitucionales, y entre ellas las contenidas en las células espermáticas y las germinales. Si, como indiqué en otra parte (*Biology*, párrs. 54 d, 97 f), hay una circulación de protoplasma, esta universal asimilación de caracteres debe facilitarse extraordinariamente. De cualquier modo, los notables ejemplos que antes cité evidencian que la incapacidad para «concebir los medios,» merced á los cuales los caracteres adquiridos se transmiten á los elementos generadores, no es razón adecuada para afirmar que esto no puede acontecer.

Permítaseme agregar que es fácil rebatir mucho más sencilla y más concluyentemente aún la objeción opuesta por los neo-darwinistas á la hipótesis de la transmisibilidad de los hábitos por herencia. Huyghens rechazaba la teoría de la gravitación. El motivo que tenía para ello era el de no poder explicarla por ningún principio de mecánica, es decir, el no poder «concebir» por

qué medios se efectuaba la mutua atracción de los cuerpos. No obstante, la teoría de la atracción se ha establecido con pruebas irrefragables y hace largo tiempo es universalmente aceptada.

Claro es que cuanto queda dicho debería formar parte de *The Principles of Biology*. Pero como en 1899 dí á la estampa la edición últimamente revisada de esta obra y no veo la probabilidad de publicar otra, me he decidido á incluirlo en la presente compilación.